

Polarización – misericordia: diálogo entre impensables¹

Una apuesta desde el Evangelio

Daniel Arturo Delgado Guana, Pbro.

¹ La presente ponencia tuvo lugar el jueves 29 de septiembre de 2016, dos días antes de la votación del plebiscito que referendaría el proceso de paz firmado entre el gobierno colombiano y la guerrilla de las FARC.

Colombia cayó en la trampa de la polarización. Este «virus» -como lo denomina el papa Francisco- ha enfermado la vida de los colombianos y ha sido causa de múltiples rupturas y desencuentros en la coyuntura histórica actual. Como fenómeno socio-político, ha tomado dimensiones de pandemia y permea cada vez más la manera de pensar, de encontrarse, de relacionarse entre los distintos grupos humanos, también dentro de la Iglesia. La tentación patética de los



pueblos, de sus gobernantes, de las instituciones, de los medios de comunicación de juzgar, dividir, enfrentar, condenar, levantar muros, construir barreras y etiquetar a la gente está al orden del día en todas partes. En Colombia el estado actual de la situación ha puesto en tensión a la mayoría de la población; lastimosamente la razón es el fin de la guerra y la emergencia de la paz.

La polarización, en sí misma, es tierra abonada y a la vez semilla de nuevas y exóticas formas de división e insinúa escenarios poco alentadores de cara a la construcción de la reconciliación y la paz. La absolutización de los intereses defendidos por unos y otros, sean cuales sean las razones, las visiones de país que se manejan, las estrategias que se promueven para descalificar, maltratar, rotular y



considerar enemigo al que no piensa de la misma manera, dan cuenta del proceso de ideologización en que se ha caído desde las distintas fronteras.

La ideologización -con su carácter absoluto y dogmatizante, masificador de signos y valores que son propuestos por quien tiene la posibilidad de incidir en los colectivos humanos y que estos a su vez reproducen y defienden como si fuesen la única verdad- hace que las ideas pierdan su estatus, que abandonen su riqueza generadora de encuentro, de diálogo, de acuerdos, para mutar convirtiéndose en explicación última y suficiente de todo y ubicarse como verdades absolutas e inamovibles, que no ad-

miten un cuestionamiento, una crítica, un disenso (Trias, 1975, p. 20)².

En Colombia, se ha desarrollado y posicionado durante la larga historia de sus conflictos, una cultura del desencuentro aupado por los «señores de la guerra» —panorama nada lejano del reclamo del

² «Estas ideas se caracterizan porque mediante ellas los hombres se harían la ilusión de conocer una determinada realidad social. Pero se trataría de una ilusión. Estas ideas no podrían confundirse con el conocimiento de esa realidad» Eugenio Trias, *Teoría de las ideologías*, Barcelona, 1975, p. 20.



Emprender un «nuevo rumbo» en el que brille la verdad

Es precisamente la constatación de este estado de enfrentamiento y la evidencia de lo distanciados que se encuentran los colombianos lo que debe sacudir a la Iglesia no para realizar nuevos pronunciamientos, sino para asumir la delicada tarea del desminado del corazón de sus miembros (todos) y fermentar la sociedad con una nueva forma de ser y de habitar esta casa común que se llama Colombia; que tenga como principio la paz que Cristo trajo al mundo. Tarea nada fácil cuando se trata de intervenir la cultura del desencuentro y emprender un nuevo rumbo en el que brille la verdad, se posicione la justicia en el corazón de todos, se admita la diferencia, se fomenten los encuentros impensables y la vida recobre el valor perdido.

La Iglesia en Colombia tiene hoy un papel con carácter de urgencia que es preciso apoyar y fundamentar en el mensaje y el actuar de Cristo en la línea del Reino de la vida, pues es allí en donde están las claves para la paz y para concretar un rumbo cierto de coexistencia en comunión, en reconciliación, en encuentro, en proximidad de Dios a la humanidad, de los hombres y mujeres entre sí y de todos con Dios. La Iglesia, como Jesús, está llamada a propiciar y mantener la fecundidad del encuentro entre los hermanos para acercar las orillas y derribar el muro que los separa y enfrenta; en esto consiste, en buena medida, el dinamismo de ser fermento del Reino en medio de la humanidad.

El ejemplo de Cristo

Cristo puso su vida al servicio de la reconciliación de los pueblos, así lo declara y afirma san Pablo: «Él es nuestra paz»; Él con su muerte dio muerte a la enemistad entre los gentiles y los judíos, y derribó el muro que los separaba (Cf. Ef. 2). Pablo toma como recurso, para afirmar su tesis, el muro que había en el atrio del templo de Jerusalén: había allí una pared que separaba el atrio de los gentiles del resto del tabernáculo; también había un aviso perentorio: cualquier gentil que osara atravesar este muro moriría; con ello quedaba claro que el gentil, el pecador, el pagano no tenía acceso al Dios de los padres; todos ellos estaban excluidos de la salvación, esta era un beneficio reservado a unos pocos.

nobel Bob Dylan (1963)-³, sean del partido, del lado o del color que sean, bajo la premisas del miedo, la manipulación del concepto del bien y la absolutización del todo vale y se ha erigido una especie de deidad en cuya custodia se legitima la violación de los derechos humanos, la injusticia en todas sus expresiones y la muerte. Tan arraigado está este fenómeno en la mente y en la cultura del país, que hoy es casi imposible pensar en el fin de los enfrentamientos locales y llegar a una convivencia pacífica.

3 Video: <https://www.youtube.com/watch?v=h2mabTn-MHe8>

Son los intereses individuales, las ansias de poder, el desconocimiento de la necesidad ajena, la cultura del vasallaje y la dominación, los que separan las orillas y crean el profundo abismo entre los pueblos y los miembros de las mismas familias.

Según esto, para Pablo, será Cristo quien, con su muerte, elimine la irreconciliable relación entre los dos pueblos y en Él todos lleguen a ser uno de cara a la salvación. Cristo no solo derribó el obstáculo del encuentro entre Dios y los gentiles, sino que puso su vida al servicio de la comunión de todos.

El derribamiento del muro divisorio, sin embargo, no fue ganancia solo del evento puntual sacrificio-muerte de Cristo; todo en Jesús, desde el misterio de la encarnación pasando por el ministerio público hasta su pascua, da cuenta de la inquebrantable y salvífica voluntad del Padre que no quiere que se pierda ninguno de sus hijos, sino que todos sean resucitados en el Hijo (Cf. Jn. 6,39). De igual manera y por contraste, todo en Cristo da cuenta de que los profundos abismos, las orillas opuestas entre los pueblos, son fruto del pecado del hombre; desde el fratricidio cometido en Abel hasta el posicionamiento actual de la cultura de la muerte. Son

los intereses individuales, las ansias de poder, el desconocimiento de la necesidad ajena, la cultura del vasallaje y la dominación, los que separan las orillas y crean el profundo abismo entre los pueblos y los miembros de las mismas familias.

Con su vida, Jesús enseña, bajo el principio de que todo individuo es sujeto de salvación, que transitar, vía del encuentro, basado en el amor misericordioso es el ejercicio ineludible que conduce a superar las diferencias, acerca las orillas y construye la paz. Por eso, todo en Él se desarrolla a partir del continuo acercamiento a los enfermos y pecadores, a los considerados inencontrables; su vida es una práctica de impensables encuentros que para su momento histórico y su cultura transgredían todos los protocolos de la pureza ritual. Él, el Santo de Dios no se quedó precisamente en el lugar reservado para Dios en el templo, sino que superando el muro que lo separaba de la humanidad se lanzó al encuentro de aquellos que jamás tendrían acceso al amor misericordioso del Padre.

Los impensables encuentros de Jesús ofrecen una luz para comprender que la metodología divina se dirige al rescate de lo que estaba perdido, no a su destrucción; enseña que en la humanidad son posibles los encuentros entre opuestos e irreconciliables cuando se trata de vivir la misericordia, cuando se considera que sobre el otro, el inencontrable, cabe la gracia de la conversión y la salvación. Con apoyo en el libro «Teología de la ternura» de Carlo Rocchetta (2013), cito algunos impensables encuentros de Jesús que bien pueden ayudar tanto a los miembros de la Iglesia como a otros hombres y mujeres de buena voluntad, en el ambiente de polarización en que vive Colombia, a iluminar y generar espacios y oportunidades para hallarse, dialogar y llegar a acuerdos con los que piensan distinto dentro de un ambiente de reconocimiento del valor fundamental del otro, de la aceptación de la verdad que hay en su palabra y del respeto que de allí deriva.

1. El impensable encuentro de Jesús con los publicanos y los pecadores.

Para Jesús el verso del salmo «Feliz quien no sigue el consejo de los malvados ni anda mezclado con pecadores ni en grupos de necios toma asiento» (Sal 1,1) que contiene un principio fundante de la moral judía, debía ser materia conocida y recitada. Sentarse con pecadores y publicanos era comprometedor, hacía impuro al justo que lo hiciese. Mucho más transgresor habría de ser escoger y llamar al discipulado a un pecador, un cobrador de impuestos (Mc. 2, 13.14). Esto era más que impensa-





ble para un maestro en quien la gente comenzaba a identificar al Mesías. Era realmente escandaloso para fariseos, escribas y maestros de la ley la posibilidad de encontrarse y compartir con aquellos que encarnaban la figura del pecado, era inadmisiblesentarse a la mesa a comer con ellos.

Jesús en cambio se sienta entre ellos sin prejuicios, con entera libertad, porque no vino para condenar a los pecadores, sino a salvar y a dar la vida por muchos (Cf. Mt. 20,28) como médico para los que están enfermos, se sienta entre ellos como uno de ellos, no reproduce los pecados, simplemente manifiesta con los pecadores la absoluta novedad del reino. Para Él, todos son amados de Dios que cuida de los lirios y de las aves del cielo. La misericordia del Hijo de Dios va mucho más allá de las leyes. La misericordia no excluye ni hace acepción de personas sino que acoge, la misericordia no condena, acerca, abraza, se activa ante el dolor del otro aunque sea considerado el malo. La misericordia se concede el permiso de redimir.

2. El impensable encuentro de Jesús con los enfermos y endemoniados:

Son múltiples los pasajes evangélicos que narran encuentros y contactos de Jesús con enfermos, leprosos, endemoniados a quienes no sólo cura sino que perdona, salva y reintegra en la sociedad con toda la dignidad recuperada. La enfermedad ocultaba el pasado de maldad de quien la detentaba. Los leprosos, los ciegos, los cojos, cargaban consigo el peso del pecado personal y de sus antepasados, juntarse con ellos, tocarlos significaba hacerse impuro. Más lo era el caso de los endemoniados sobre los cuales no existía poder sanador. El poder sanador de Jesús se convierte para ellos en acontecimiento de gracia que se dirige a la totalidad de la persona: «hijo, tus pecados te son perdonados» y luego «para que vean que el Hijo del hombre tiene en la tierra poder de perdonar pecados, dice al paralítico, A ti te digo levántate, toma tu camilla y vete a tu casa» (Mc. 2, 1 ss).

La figura anónima del herido del camino, ante el cual, el buen samaritano se inclina, no así el sacerdote y el levita que lo rehúyen para conservar la pureza ritual, es la figura paradigmática del que carga consigo la culpa (bajaba de Jerusalén a Jericó). Sin embargo la compasión del buen samaritano ante aquel extraño hace que se ponga en segundo lugar todo condicionamiento legal y que el corazón se abra al servicio. ¿Quién es aquel hombre? «Es el hombre» asistido por un extranjero que se convierte a su vez en modelo de solicitud del ser humano por

el ser humano al ejemplo de Cristo. De extranjero a extraño, de anónimo a anónimo. No se necesitan identidades ni militancia en las mismas filas, basta que sea un ser humano sufriente y ya aparece el imperativo moral de la inclinación, de la convergencia, hasta garantizar la recuperación, la sanación de las heridas, la vuelta y la reintegración social. Para Jesús no hay miedos ni condicionamientos legales, el encuentro surge cuando aparece la persona con su necesidad.

3. El impensable encuentro respetuoso y valorativo de Jesús con la mujer:

En el contexto machista de la cultura en que vivía, la mujer era propiedad del padre hasta que era entregada en nupcias cuando cambiaba de dueño, No podía ser testigo ante los tribunales, no podía ser discípula de un rabí, no podía aprender la *torah*. En el templo debía ocupar un lugar apartado. El marido podía darle acta de repudio, no ella a él. El caso de adulterio podía ser linchada a pedradas.

De la vida pública de Jesús se narran no pocos encuentros con mujeres, todos ellos con un profundo sentido de respeto y dignificación. La mujer, que no merecía ser tenida en cuenta precisamente por la condición de ser mujer encuentra en la cercanía de Jesús su lugar en la sociedad, el espacio que nunca le fue negado en el corazón de Dios, sí por el corazón humano y las estructuras sociales.

Jesús hace más radical su cercanía a la mujer al rechazar la distinción entre judía y extranjera: el largo y transformante diálogo con una samaritana junto al pozo de Jacob, la curación de la hija de la sirofenicia son apenas dos ejemplos de la forma como la misericordia divina no se encasilla en géneros ni en etnias, ni en nacionalidades, es universal. En su rechazo al tabú de la impureza legal, Jesús no solo toca y cura a los enfermos, sino que se deja tocar de la hemorroísa entre la multitud que lo rodeaba, de la pecadora pública en casa de Simón el fariseo; Jesús alaba la generosidad de una pobre viuda que da lo único que tiene para vivir; cultiva la amistad con Martha con María, hermanas de Lázaro; hace de María una discípula suya, se deja acompañar de mujeres de quienes había expulsado malos espíritus; «*Talitha kum*» le dijo a la hija de Jairo; a la mujer hallada en flagrante adulterio la reconcilia y la reintegra en la sociedad: «tampoco yo te condeno, vete y en adelante no vuelvas a pecar» (Jn. 8,11). ¿Qué decir de las apariciones del resucitado a las mujeres el primer día de la semana?

La misericordia no admite descartes, para la misericordia no existen personas de primera y de segun-

Los impensables encuentros de Jesús ofrecen una luz para comprender que la metodología divina se dirige al rescate de lo que estaba perdido, no a su destrucción.

da, la misericordia se pone por encima del juicio que con frecuencia tiene en cuenta los derechos de unos en detrimento de los derechos del otro. Encontrarse con los que la sociedad da en considerar secundarios o últimos por la condición, el pecado, la enfermedad, la procedencia étnica; ese ejercicio permanente de Jesús enseña que hay que ponerse no en la sede del justo y bueno sino en los zapatos del otro, con misericordia para crecer juntos.

4. El impensable encuentro de Jesús con los niños e indefensos:

La fragilidad y la inmadurez de los niños, lo mismo que la inutilidad de los débiles, enfermos o tarados, hacía de este renglón de la sociedad judía un grupo aparte, inferior, poco apreciado, no era de un rabí, juntarse con esas personas y mucho menos concederles espacio en sus preocupaciones. Para Jesús, la figura de la fragilidad y la indigencia que representaba el niño, le movían a misericordia, precisamente porque el reino de los cielos es de ellos y de quienes son como ellos; abraza, bendice a los niños mientras los discípulos discuten quién es el más importante entre ellos. La actitud del maestro molesta, incluso a los discípulos quienes tratan de impedir que los niños, se le acerquen pero Jesús recrimina que sus propios amigos estorben el cumplimiento

La misericordia
no admite
descartes,
no existen
personas
de primera
y de segunda.
Se pone por encima
del juicio que, con
frecuencia, tiene
en cuenta los
derechos de unos
en detrimento
de los derechos
del otro.

de su tarea, cuando ha venido precisamente para ellos, los pobres, los débiles, los más frágiles.

5. El impensable encuentro de Jesús con los enemigos y con los malhechores: Jesús derriba el muro de la ley por la ley, no la desconoce ni la rechaza, la plenifica (Cf. Mt. 5,17). La ley del talión no cabe dentro de su vida ni de sus enseñanzas. La ley nueva, la ley de Cristo consiste en vencer el mal con el bien. Esta sí que es una paradoja germen de una auténtica revolución cultural y religiosa y que exige una nueva mentalidad para ser comprendida, acogida y actuada. En Cristo no es la fuerza de la agresividad ni siquiera la fuerza intimidatoria de las armas, no es la ley del más fuerte la que tiene la última palabra, sino la fuerza del amor; no es la venganza sino el perdón lo que edifica la historia. La historia humana a la luz de las categorías del Reino se construye perdonando hasta setenta veces siete.

Perdón que es mucho más que una tolerancia resignada, es más bien acontecimiento de salvación «Hoy estarás conmigo en el paraíso». (Lc. 23,43).

Los impensables encuentros de Jesús con todos estos actores sociales e incluso con los no sujetos, aquellos de quienes no se conoció en los evangelios nombre, rostro o historia, sirven para entender que el proyecto del Reino no es ideologizante ni es demagogia para hacer adeptos. Estos encuentros más bien descubren cómo la escuela de la misericordia, la escuela en la cual Jesús llama a matricularse es *conditio sine qua non* cuando se trata de rearmar la historia de un país que le apuesta a la paz.

En el Jubileo extraordinario de la misericordia, cuando se buscan en todas partes del país signos testimonio capaces de concretar los frutos de este *kairos*, cabe la preguntase si no será el encuentro con el otro, aunque piense distinto, aunque provenga de otra orilla, aunque no tenga nombre, aunque sea víctima o victimario, aunque haya sido calificado de pecador, de renegado, aunque haya herido la propia carne, aunque haya cometido la peor de las atrocidades, aunque vista otro color, el mejor y más elocuente signo de que transitó y puso su morada en la sociedad colombiana el mensaje misericordioso de Jesucristo; un signo sin infraestructuras, sin organigramas, sin presupuestos, sin comisiones; un signo que desde la sencillez de las voluntades que le apuestan a la paz, haga presente el querer de Dios para Colombia.

Otros signos testimonio, con el favor de Dios, vendrán. Hoy, es este el signo de la misericordia al que estamos llamados a hacer concreto. Pasar por la escuela de la misericordia, graduarse en misericordia obrada. Esto sí que cambia la historia de una sociedad. Es la misericordia la que permite el encuentro, sentarse a la misma mesa, mirarse, reconocerse en la grandeza de la humanidad que se esfuma cuando hay raíces de odio y ánimos de venganza en el corazón y cuando se hace eco a los susurros de la cultura de la muerte, pero que se encumbra cuando se ama y se apuesta por la vida. ☉

Bibliografía

Dylan, B. (1963) Canción Masters of War.

Rocchetta, C. (2013) Teología de la ternura: un «Evangelio» por escribir. Salamanca: Secretariado Trinitario.

Trías, E. (1975) Teoría de las ideologías. Barcelona: Península.

